

INTERVENCIONES

BORGES ANTE LA QUERELLA DE LA LENGUA

Fernando Alfón

Universidad Nacional de La Plata

Escritor y ensayista. Se doctoró en Historia en la Facultad de Humanidades de la UNLP, donde también es docente. A través de un subsidio otorgado por la Fundación Antorchas, publicó la novela Que nunca nos pase nada (De la campana, 2003) y en 2005 se le concedió la Beca para escritores del Fondo Nacional de las Artes, por sus Cuentos que caben en el umbral (Paradiso, 2013). Ese mismo año publicó La querella de la lengua en Argentina (Edulp, 2013) y, bajo el mismo título, una antología de textos a través de la Biblioteca Nacional. Su último libro es La razón del estilo (Nube Negra, 2017), una selección y traducción de ensayos anglosajones.

Contacto: fernandoalfon@yahoo.com.ar

ORCID: [0000-0002-0318-9270](https://orcid.org/0000-0002-0318-9270)

At home, both English and Spanish were commonly used.

Jorge Luis Borges
“An Autobiographical Essay”

1.

Partamos de una confesión que hizo Borges en 1971, en la Universidad de Columbia, Nueva York, en un seminario en torno al modo en que escribió su obra: “No creo que yo tenga una forma española de ver el mundo. He hecho la mayoría de mis lecturas en inglés” (Borges, 1971: 137).¹ La confesión nos interesa, aquí, porque si su lengua literaria natural fue el inglés, significa que el español fue una segunda lengua, la que le permitió realizar aquello de que “los buenos libros están escritos en una suerte de lengua extranjera” (Proust, 1954: 305).² Ese español, por tanto, se proyecta como una lengua a inventar; tal como la encontró, la lengua de Góngora o de Azorín, no le sirve para escribir la literatura que pretende. Gracias a la dificultad que supone reinventar una lengua, también se abre como lengua de reconstrucción. Si hubiera elegido escribir en inglés desde el vamos, quizá no hubiera procedido con el desenfado que procedió al escribir en español. Varias veces confesó que era la propia lengua española quien lo incitaba a proceder con ese desenfado, que era una forma de apropiarse de la lengua, de convertirla en un instrumento apto para la literatura. Repasemos, entonces, el modo que se realizó la conquista de esa lengua *extranjera*.

El testimonio de esa conquista ya lo vemos desplegado en sus primeros ensayos. *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1928) son libros preocupados por la expresión, el criollismo, la adjetivación, la poesía, la metáfora, el color local, el carácter universal del español, el idioma infinito. De todos esos temas, el que mejor congrega los problemas de la expresión –y el que creyó haber mejor escrito– fue “El idioma de los argentinos”, el único ensayo que consintió que se volviera a publicar (1952 y 1963). Ese ensayo fue, además, el que lo arrojó al debate público y la colina a partir de la cual tramó su conquista personal del español.

El primero de enero de 1927 apareció en Madrid *La Gaceta Literaria* de Ernesto Giménez Caballero. En su octavo número (abril) trajo un efusivo

¹ “I don’t think I have a Spanish way of looking at the world. I’ve done most of my reading in English”.

² “Les beaux livres sont écrits dans une sorte de langue étrangère”.

editorial de su secretario, Guillermo de Torre, en el que se exhortaba a poner las cosas derechas y reconocer que España, más precisamente Madrid, debía ser reconocida como capital espiritual e idiomática de *Ibero-América*, pues “no hay, a nuestro juicio, otros nombres lícitos y justificados para designar globalmente [...] a las jóvenes Repúblicas de habla española, que los de Iberoamérica, Hispanoamérica o América española” (De Torre, 1927: 1). Él prefería llamarla, incluso, “América hispanoparlante”, pues sentía que el idioma, más que cualquier otra cosa, era lo que ligaba a estas tierras con España. Detrás del latinismo, creyó, se tramaban “turbias maniobras anexionistas” por parte de Francia e Italia, robándole a España su derecho histórico con respecto a América. Al latinismo, además, se sumaba la pretensión anglosajona, que avanza política y culturalmente. “¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia Francia!” (De Torre, 1927: 1). Frente a los “excesos y errores del latinismo”, el “monopolio galo” y la “imantación que ejerce París”, De Torre llamaba a polarizar la atención de los intelectuales hispanohablantes, a reafirmar “la valía de España” y a asumir que Madrid era el único lugar que puede y debe erigirse como epicentro cultural y “meridiano” de la cultura hispana en el mundo.

En el Río de la Plata, leído por los jóvenes martinfierristas, este editorial se tomó como un presente griego; y a mitad de año, casi emulando el célebre rechazo de Gutiérrez a la Academia, varios responden en las páginas de la revista *Martín Fierro*, entre ellos Borges:

Madrid no nos entiende. Una ciudad cuyas orquestas no pueden intentar un tango sin desalmarlo; una ciudad cuyos estómagos no pueden asumir una caña brasilera sin enfermarse; una ciudad sin otra elaboración intelectual que las greguerías; una ciudad cuyo Irigoyen es Primo de Rivera; una ciudad cuyos actores no distinguen a un mejicano de un oriental; una ciudad cuya sola invención es el galicismo —a lo menos, en ninguna otra parte hablan tanto de él—; una ciudad cuyo humorismo está en el retruécano; una ciudad que dice «envidiable» para elogiar ¿de dónde va a entendernos, qué va a saber de la terrible esperanza que los americanos vivimos? (Borges, 1927a: 7).

Pero Borges no solo quiso ensayar una refutación argumental, también quiso mofarse, que fue el modo con que a menudo intervino en esta querrela. En complicidad con Carlos Mastronardi (*Ortelli y Gasset*), imaginaron a un criollo hablándole a un meridiano, encontrado en una fiambarrera. “Aquí le patiamo el nido a la hispanidá y la escupimo el asao a la donosura y le arruinamo la fachada a los garbanzelis”, comenzaba diciendo, y terminaba con un “Espiracusen con plumero y todo, antes que los faje. Che meridiano: hacete a un lao, que voy a escupir” (Borges y Mastronardi (*Ortelli y Gasset*), 1927b:

7). En agosto de 1927, Guillermo de Torre emigró a la Argentina y poco después se casó con Norah, la hermana de Borges. La inesperada cercanía de esos dos hombres en pugna, no obstante, no apaciguó la querrela que sostuvieron hasta el último momento de sus vidas.

A mediados de aquel mismo año (1927), el matutino porteño de Natalio Botana, *Crítica*, inició una encuesta a distintos escritores a partir de la pregunta: “¿Llegaremos a tener un idioma propio?”. La respuesta que dio Borges fue notable. No temía a la presencia de un idioma argentino y hasta lo deseaba, solo que ese idioma nada tenía que ver con una jerga o un recorte del idioma español. Se trataba, por el contrario, de un idioma amillonado y audaz; apto para la conversación distendida como para los sofisticados procedimientos retóricos; un idioma que supiera hablar, sin afectación, lo local y lo americano; que no temiera ahondar –e incluso acertar– en temas filosóficos, cosmológicos o de cualquier rama del arte. El idioma argentino que Borges predicó era una tarea.

Creo en el idioma argentino. Creo que es deber de cada escritor (nuestro y de todos) el aproximarlos. Para ese fin, nos basta considerar el español como una cosa apenas bosquejada y muy perfectible. Sintamos todos esa urgencia de innovación, sintámonos vivir en América y ya estará iniciada nuestra aventura. Digamos cosas que no le queden chicas a Buenos Aires y hablaremos idioma nuevo que será nuestro (Borges, 1927c: 3).

La respuesta parecería estar vinculada a la necesidad personal de Borges de inventarse una lengua literaria en español, por lo que le resultó indispensable imaginar que esa lengua era apenas un boceto, que fue como decir que se trataba de una lengua *por definir*. La propuesta era notable, pero no era una novedad; ya había sido formulada por los jóvenes de la generación del 37, un siglo atrás, y había enfrentado un escenario similar: la necesidad y el deseo de expresarse en español cuando la lengua de cultura y de prestigio vigente era el francés. En aquel entonces también se presintió que el meridiano no era Madrid, sino Buenos Aires. Aquella generación había dado una respuesta similar a la que ahora daba Borges y ya había demostrado resultados muy esperanzadores –la prosa de Echeverría o la de Sarmiento bastan como ejemplos– e incluso había sido formulada en los mismos términos por Juan María Gutiérrez, al llegar a su madurez: “En París todo es francés, en Madrid todo español. A Buenos Aires *todo* ha venido, está viniendo y vendrá, gracias a Dios, de Francia, de España –hasta los Peruleros– de todas las naciones civilizadas” (Gutiérrez, 1876: 128).

Semanas más tarde, el 23 de septiembre de 1927, el diario *La Prensa* abrió las puertas de su edificio parisino del barrio Monserrat, para que el Instituto Popular de Conferencias, fundado por las autoridades del diario,

celebrara su decimonovena sesión ordinaria. La cita fue en el Salón de Actos del primer piso, en el que alguna vez también disertó Estanislao Severo Zevallos, observado por la Atenea y las Musas recreadas en el cielo raso. Aquel 23 de septiembre fue invitado Borges, que había anunciado leer un ensayo sobre “El idioma de los argentinos”. Entonces estrenaba unos jóvenes 28 años de edad y tenía la oportunidad de aclarar mejor aquella respuesta dada al matutino *Crítica*. El Salón se fue poblando de a poco. Luego ingresaron Carlos Ibarguren, quien presidirá la sesión; los vocales del Instituto, Enrique Uriburu y Arturo Capdevila; después el embajador de México, Alfonso Reyes; el ministro de Santo Domingo, Tulio M. Cestero; después, Ángel J. Battistessa, Manuel Rojas Silveira, Arturo Costa Álvarez. Las crónicas del evento aseveran que no quedaban lugares. Si la timidez de Borges entonces era desconocida, ahí debutó en público. Excusó «una afección en la vista» para no leer su conferencia y le pidió al señor Rojas Silveyra que la leyera por él. El manifiesto en que Borges anuncia que ha encontrado su voz –he aquí la primera paradoja– fue por medio de la voz de un otro.

El texto iniciaba declarando el estado actual de la querrela, en la que dos influencias antagónicas conspiraban contra el habla argentina. “Una es la de quienes imaginan que esa habla ya está prefigurada en el arrabalero de los sainetes; otra es la de los casticistas o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción” (Borges, 1927d: 136). Esta dicotomía la había tomado de *Nuestra lengua*, de Arturo Costa Álvarez, que estaba presente en el Salón y la escuchaba atentamente. Costa Álvarez había escrito, refiriéndose al pueblo argentino, que “una parte de él estropea el castellano en la lengua vulgar, en el guirigay de los escritores plebeyos y en la jerga de los bárbaros; otros, los académicos o disciplinados, lo reverencian en el altar de la gramática y del diccionario” (Costa Álvarez, 1922: 72). El planteo de Costa Álvarez había sido también el planteo bifronte de Ricardo Rojas, al darle la bienvenida al frente del Instituto de Filología (UBA) a Américo Castro, que vendría a superar dicha dicotomía con el poder sanador de la nueva escuela. El mismo Castro lo enunció con términos más equivalentes: “Ni ‘arrabaleros’ o galiparlangantes, ni fetichistas del incompleto diccionario de la Academia Española” (Castro, 1923: 15). Este planteo, a la vez, tenía mucho del célebre “Prólogo” de Bello a su *Gramática* de 1847, donde también se presentan dos tendencias igualmente afectadas: “la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América...” y el “purismo supersticioso” (Bello, 1847: 11-12). De modo que el diagnóstico de Borges se trata más bien de una dicotomía que, cada tanto, alguien sentía la necesidad de reeditar.

Presentarla como posiciones encontradas le sirvió a Borges para su plan de señalar que ambas posturas son ineptas ante el mentado idioma nacional,

que le resulta un hecho comprobable en la intimidad de la conversación argentina. La expresión “idioma argentino” lo complace solo para investigar el palpitar de la nación, tono y énfasis de una expresión que, aunque distintiva, puede ser entendida en cualquier parte de España. “Equidistante de sus copias, el no escrito idioma de los argentinos sigue *diciéndonos*, el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad” (BORGES, 1927d: 145). En este Borges de los años 20, más que un idioma argentino, existe una forma argentina de expresarse en español, cuyo rasgo distintivo está en la voz. Si para otros –Ernesto Quesada, por ejemplo– el idioma nacional era el castellano culto y escrito, para Borges estaba en la boca, no en el libro; es una intimidad más que una grafía; se intuye, no se lee; es de carácter emocional, no lingüístico. Si hay alguna distinción en el habla argentina –y para Borges sí la hay, de donde emana el fuero íntimo de la nacionalidad– solo puede ser oída. No resulta extraño entonces que adopte, por estos años –atento a los consejos de Vicente Rossi– una ortografía fonética: “escribo *estendido* y *esplicable* por pronunciarlo así, y *examen* y *excelencia* por esa misma todojustificadora razón” (Borges, 1928a: 152).

La conferencia de Borges es crucial porque, vista a la distancia, preanunciando el idioma de los argentinos, terminó hallando el idioma de una argentino en particular, y pensando en su lengua oral, formó una lengua escrita. Borges aún no se sentía del todo seguro con su escritura, pero ya quería evitar dos tendencias adversas: la escritura literaria forjada en la exclusividad de la tradición escrita y la escritura rendida al lenguaje vulgar. El problema no le resultaba para nada menor y de salir airoso de él dependía la eficacia de su propia lengua. Jaime Rest (1967) lo reseñó más tarde en estos términos: Borges siente la necesidad de inscribirse en ese debate porque aspira a una escritura eficaz, que ya encuentra distante tanto de *La gloria de Don Ramiro*, como de *A rienda suelta* (Last Reason); ni tributa al casto español de *Don Segundo Sombra*, ni cree en las *Esmeraldas* de Fray Mocho. Evita tanto el purismo de Ricardo Monner Sans como el vocabulario orillero. Sabe que ambas formas son imposturas, no tanto condenable por artificiosas, sino por evidentes. Pedro Henríquez Ureña advirtió en este estilo natural, sin embargo, el énfasis y el artificio:

Tiene Borges la inquietud de los problemas del estilo; el suyo propio lo revela: a cada línea se ve la *inquisición*, la busca o la invención de la palabra o el giro mejores, o siquiera de los menos gastados. No siempre acierta. Estilo perfecto es el que, como plenitud expresiva, oculta las inquisiciones previas; es de esperar que Borges aprenda a quitar sus andamios y alcance el equilibrio y la soltura (Henríquez Ureña, 1926: 79).

En breve veremos el modo en que Borges logró quitar esos andamios, pero antes veamos el caso de Vicente Rossi, sin el cual no podríamos comprender la razón por la que Borges salió en su defensa. En esa defensa hay una clave para comprender la naturaleza de la querrela. Aunque uruguayo emigrado en Córdoba, Argentina, Vicente Rossi prefirió ser llamado hombre del Río de la Plata. En esta región había entrevisto los perfiles de un idioma nacional, similar a como lo había preanunciado el francés Lucien Abeille en *Idioma nacional de los argentinos* (1900). A Rossi lo desvelaba la disputa con los puristas que estaba, a su parecer, sitiando los escenarios teatrales para hacerlos entonar de otra manera. “El ‘casticismo’ entre nosotros es la ‘castellanomanía’, y esta es una desorientación científica, es la ilógica de un criterio retardatario y pretencioso” (Rossi, 1910: 121). La distancia que Rossi siente de España es, a veces, más virulenta que la distancia sentida por los jóvenes románticos. De ellos tomó, siempre a través de Abeille, sus premisas idiomáticas. De aquí que Rossi no pueda entender por qué habría que velar celosamente por una pronunciación extranjera.

Cultivamos la hipocresía lingüística, dándole a la niñez textos con terminologías “castizas”, que apenas son aceptados en el cuarto de hora de su exposición, y que jamás se respetan. Cultivamos la hipocresía intelectual, escribiendo como no hablamos, como no sabemos hablar (Rossi, 1910: 122).

Todo esto lo condujo a esgrimir el concepto de un “idioma en jestión”, del cual surgiría una lengua robusta y madura. Fonetista algo similar a Bello y Sarmiento, su ortografía incluía la sustitución de la *j* en lugar de *g* (lógica, género, argentino), la apócope de la *d* final en algunas palabras (bondá) y un sistema de acentuación que irá variando con los años y donde expondrá más expansivamente su programa de reforma ortográfica.

Bastante tiempo después de publicado su *Teatro nacional rioplatense*, Rossi volvió tangencialmente sobre la querrela de la lengua en 1926, al publicar *Cosas de negros*, libro que indagaba sobre los “orígenes del tango y otros aportes al folklore rioplatense”. Entonces enfatizó la idea de una tradición desvinculada de España y la idea de un idioma en jestión. Lo ofendía que se diga por ahí que el idioma nacional de los argentinos era el lunfardo. “No se hace, ni hacemos nosotros, idioma con argot, sino con el uso, abuso, creación y adopción de vocablos” (Rossi 1926: 401). Borges reseñó el libro en la revista *Valoraciones*: “Su prosa es de conversador criollo: vivaracha, rica en agachadas, movida” (Borges, 1926: 255).

A partir de 1927, devenido ya en filólogo americanista y polemista matreiro, Rossi convirtió sus esbozos idiomáticos en doctrina independentista y comenzó a publicar los *Folletos Lenguaraces*, misceláneas reflexiones sobre la lengua y la lexicografía. El atributo *lenguaraz* no remitía a la versatilidad de

manejar varias lenguas, sino solo una, aunque de modo picaresco. Procurando demostrar la existencia de un idioma nacional rioplatense, los folletos aparecían como la antítesis de las *Notas al castellano en la Argentina* de Ricardo Monner Sans. Donde estas excomulgaban una voz local, poniendo en su lugar el equivalente castizo; aquellos deportaban una voz peninsular, por hallarla ausente en el habla del Río de la Plata o mal definida. Pero no solo se opondrán a los consejos de Monner Sans, sino también a la Real Academia Española, a su *Diccionario* y al Instituto de Filología de Buenos Aires. A partir del sexto, publicado en el año 28, los *Folletos* llevan por título “Idioma Nacional Rioplatense (Arjentino-Uruguayo)” y pretenden constituirse en una serie de “evidencias” de este mismo idioma. Rossi ya tiene en su mesa de lectura la conferencia de Borges de 1927, pieza a la que, junto con el libro de Abeille, creyó que eran los únicos trabajos dignos de ser mencionados. De modo que en el anhelo rossista de menoscabar la autoridad de la Real Academia Española, le sirven aquellas líneas en que Borges relativiza la “riqueza del castellano” si ha de juzgársela por las abundantes voces que en su *Diccionario* se estampan, pues solo viven allí, como “espectáculo necrológico deliberado”, mientras se ausenta en todas las bocas. No obstante, las evidencias impresas por Rossi –pedestal sobre el que afirma un idioma apartado de España– adolecen de un error elemental: presuponen que el léxico de los españoles es el que consta en el *Diccionario*. Rossi soslaya que muchas de las voces anotadas por la Real Academia resultaban extrañas a un rioplatense, igual que a un español. El error de Rossi, en todo caso, es creer demasiado en el *Diccionario*, exhortando a los lectores a no creer en él.

Al publicarse este sexto folleto, Borges le compuso una reseña favorable: “Divisa por divisa, me quedo con la de mi país y prefiero un abierto montonero de la filología como Vicente Rossi a un virrey clandestino como lo fue D. Ricardo Monner Sans” (Borges, 1928b: 361) Pero además, y acaso lo central, Borges encontró que la escritura de Rossi era “incomparablemente mejor” a la de Monner Sans, aclaración que no huelga pues, como veremos más adelante, la última razón de toda la querrela se dirimía en el plano de estas habilidades retóricas.

2.

En 1932 apareció *Discusión*, un nuevo libro de ensayos que distaba mucho de los anteriores. Era notable el enorme tránsito estilístico y explica la razón por la que Borges no quiso volver a publicar su prosa ensayística de los años 20, a la que excluyó de sus obras completas. Ese mismo año, en la revista *Sur*, Amado Alonso –entonces director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires– publicó “El problema argentino de la lengua”, al que presentó como un estudio desapasionado (científico) sobre lo que los argentinos dimos en discutir como si fuera un conflicto (emocional). Borges

leyó atentamente el estudio y –aunque Alonso lo haya invocado varias veces para ponerlo de su lado– discrepó con él, pero entonces no quiso responderle abiertamente. Veamos, ante todo, lo que aquí nos importa de ese estudio.

Alonso volvía sobre la vieja –y acaso saldada– querrela de la lengua en Argentina, sabiendo que su intervención ya era algo extemporánea, pero como la encara con la flamante disciplina que abraza (la estilística), cree que tiene entre las manos un dictamen definitivo. A partir de esa disciplina, Alonso entendió que el estado actual de una lengua literaria depende del vínculo que ella establezca con la tradición literaria y de los sucesivos aportes estilísticos personales. En distintos momentos los hablantes en español han sentido un distanciamiento con la tradición. La generación española del 98 fue uno de esos momentos. Al romperse ese vínculo con la tradición es de esperar que los nuevos escritores se sientan distantes de esa tradición. Alonso creyó que, como ese fenómeno de distanciamiento se ha dado muy temprano en Argentina –en el Río de la Plata–, los argentinos hemos creído que se trataba de un fenómeno nacional. “Lo único extraordinario de aquí es que la exacerbación localista ha interpretado alguna vez peculiaridades (que no siempre lo eran) idiomáticas, esforzándose en ver un cisma frente a la lengua general” (Alonso, 1932: 167). El escritor argentino, hallando entumecida a la lengua para lo que él quería expresar, en vez de enriquecerla, dio en creer que hacía falta una nueva. Luego, ignorando que el problema era común a todos los hispanohablantes, creyó estar ante un problema nacional. Resuelto, para Alonso, este problema, ingresó en otro que y se terminó por constituir en la tesis central del estudio. A causa de la ruptura con la tradición, la inundación de plebeyismo y la gran cantidad de inmigración, la región dialectal del Río de la Plata, cuya capital es Buenos Aires, se habla sin ninguna aprensión a las normas: “Pobreza en la cantidad, relajamiento en la calidad. El total es que Buenos Aires habla bastante mal la lengua del país” (Alonso, 1932: 169)

Alonso habrá sentido un caso muy extraño el de Borges, pues era el caso paradigmático del escritor que no se había formado en la tradición literaria en lengua española, pero a la vez se proyectaba como el escritor más relevante de Buenos Aires. Y Borges, a la vez, debe haber leído el estudio de Alonso como una amonestación a su desdén por la literatura española. Pero el desencuentro mayor, quizá, haya sido que la lengua que condenó Alonso en Argentina, la lengua coloquial, había sido justamente la que Borges imaginó al proyectar sus esperanzas.

Un primer comentario apareció al año siguiente (1933), cuando Borges volvió a salir en defensa de Vicente Rossi y, ocupado en un “Desagravio al lenguaje de Martín Fierro”, se refirió despectivamente a “un Instituto de Filología que despacha glosarios y conferencias” (Borges, 1933: 218) No era la primera vez que deslizaba un desprecio por el Instituto, o bien por el rumbo que había tomado la filología. Según Adolfo Bioy Casares, cuando

salió *Cosas de negros*, Borges le preguntó a Alonso: “¿Por qué se enoja, si dentro de cien años va a estar encantado con este libro?”. Quería decirle que era el tipo de libro que a los filólogos les gusta descubrir. No entendió” (Bioy Casares: 2006: 1096 [Miércoles, 22 de septiembre de 1965]).

Alonso amplió su estudio, lo reeditó en *El problema de la lengua en América* (1935), y se lo dedicó “A Jorge Luis Borges, compañero en estas preocupaciones”, comprometiéndolo aún más a la solidaridad con su tesis. A ese compromiso se le sumó una reseña encomiástica en *Sur*, sobre la *Historia universal de la infamia* que Borges publicó ese mismo año. Alonso lo colmó de elogios, entre los que no faltó el elogio a la austeridad, que Alonso no quiso imitar: “privilegiado nivel estilístico”, “precisión”, “concisión”, “subidas excelencias del libro”, “prosa magistral”, “bala certera”, “nutridas perdigonadas estimativas”, “maestría y sabiduría”, “poder plástico”, “acierto de artista”, “sobriedad”, “eficacia de los recursos”, “poderoso”, “aciertos de ejecución”, “verdadera garra”, “don poético”, “fuerza creadora”, “alta calidad”, “obra maestra”, “alto valor de creación”, “continuos aciertos”, “espléndido”, son solo algunas de las expresiones que, apretadas en diez páginas, conspiran contra la bienvenida del libro.

Américo Castro leyó el estudio de Alonso en la versión completa que apareció en *El problema de la lengua en América* y lo reseñó ese mismo año: “Sin exageración, un librito espléndido” (Castro, 1935: 207). A esa reseña, cinco años más tarde se le sumó una difusión del estudio en un congreso, en la Universidad de California, Los Ángeles, y luego una reescritura bajo el nombre de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (1941). El libro descansaba sobre la misma tesis del estudio de Alonso: en Buenos Aires “nos hallamos frente a un constante prurito de rebeldía respecto de cualquier norma o magisterio, con desdén para su valía y su santa eficacia” (Castro, 1941: 23). Se trataba de una advertencia, entonces, heredera de la Comisión de Academias Americanas creada en 1870, para velar por la pureza del idioma. Castro creyó que la “morbosa preocupación de la lengua nacional” (Castro, 1941: 92) en Argentina se manifestó por primera vez en 1900, al publicarse el libro de Abeille y soslayó, acaso porque la confinó a una cuestión filológica, los setenta años de discusión que ya tenía la querrela de la lengua. Ese tipo de confinamientos lo condujo a errores como los que hallamos en el listado de voces y expresiones que *La peculiaridad* copiaba en sus últimas páginas, y a las que condenaba por arcaicas, importadas, neológicas u otras razones que Castro juzgó igualmente reprochables: *cuero* (piel), *cuidador*, *de arriba*, *despacio* (hablar despacio), *disparar* (salir corriendo), *frazada*, *masas* (pasteles), *mercadería*, *nómina*, *recibirse*, *renunciar*, *caradura*, *facón*, *galpón*, *pálpito*, *patota*, *apolillar*, *berretín*, *bulín*, *busarda*, *cana*, *copetín* etcétera. Si hubiera sido por Castro, deberíamos haberlas cambiado por las que se estilaban en España; aunque no especificó en qué provincia.

Borges leyó el libro de Castro y lo despreció en la edición de la revista *Sur* de noviembre, de ese mismo año, 1941; aunque el texto que también buscaba refutar fue el de Alonso: “La palabra *problema* puede ser una insidiosa petición de principio” (Borges, 1941: 66). Salvo el lunfardo, para Borges no hay jergas en la Argentina. “No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Estas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan” (Borges, 194: 67). Castro respondió a esas críticas creyéndolas un síntoma del carácter hipersensible del tema, que “lejos de anular mi hipótesis, vienen a incluirse dentro de su ámbito” (Castro, 1942: 6). Por la recurrencia con que aparece la condena al voseo en esta respuesta, advertimos que era la peculiaridad lingüística rioplatense más peculiar y el corazón del problema. Castro se preguntaba –porque no lo podía comprender– cómo es que en Buenos Aires, “la ciudad más importante y más culta del mundo hispano” (Castro, 1942: 4), los porteños de alto rango social e intelectual se hablaban de *vos*.

Luego respondió Alonso, ahora sí midiendo cada palabra para no salirse de una defensa propia: “No conozco ningún instituto dialectológico en el país, pero sí un Instituto de Filología, de que me declaro director” (Alonso, 1942: 79). Alonso entrevistó que, aunque la reseña ostentase un estilo excelente, adolecía de información errónea y estimaciones injustas. Entonces enlistó los nueve puntos en los que Borges se equivocaba; el séptimo, por ejemplo, rezaba que “El Instituto no posee gramófonos; probablemente no transcribirá mañana la voz de *Catita*” (Alonso, 1942: 81). Esa enumeración revelaba que Alonso no advirtió que Borges quiso ser sarcástico, para lo que necesariamente debió no ser ecuánime. Borges no se quiso resignar a que fueran los filólogos los que dictaminen en torno a cuestiones de lengua. “Una persona que titula un libro *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* queda incapacitada para hablar de literatura, y para emitir cualquier juicio estético” (Bioy Casares, 2006: 1450 [Sábado 1° de julio de 1972]), habría comentado Borges treinta años más tarde. “*Peculiaridad lingüística*, ¿no te molestaron las íes? *Rioplatense*: qué palabra” (Bioy Casares, 2006: 1450 [Sábado 1° de julio de 1972]). Esta observación extemporánea rebelaba que los contendientes discutían sobre el mismo tema, pero de manera muy diferente; y hubiera sido anecdótica si, en el caso de Borges, esa manera no fuera la razón última de la querrela. Es indispensable saber por qué razón el lector contemporáneo cree que, en tan solo cinco páginas, Borges liquidó a un Castro que había demorado más de ciento cincuenta. En el arte borgeano de la discusión, las ideas estaban como tema, pero al servicio de una exposición que tenía razones que la razón filológica no podía comprender. De aquí que no sirvió de mucho que Alonso enlistara punto por punto las inexactitudes de Borges; el lector no las recuerda. (Las que anotó Adolfo Prieto en 1954 adolecían de lo mismo).

Esto puede parecer injusto, y acaso lo sea, pero sería circunscribir la polémica a una cuestión de criterios de justicia, donde el fondo era de naturaleza retórica. Ni siquiera la confesión extemporánea de Borges en favor de Castro, años más tarde, –“Usted tenía razón: sus argumentos eran falsos pero proféticos” (Borges-Sorrentino, 1973: 27)– pudo revertir la impresión que Borges cristalizó de él en 1941. Aquella reseña constituye una pieza literaria, razón por la cual el propio Borges decidió incorporarla a sus *Otras inquisiciones* (1952). Con una pieza filológica se puede o no estar de acuerdo, se la puede refutar; una pieza literaria, en cambio, pervive más allá de sus razones, e incluso a pesar de sus razones. Lo mismo daba que el Instituto de Filología tuviera o no un gramófono; el modo de refutación borgeana hizo verosímil que lo tuviera.

Pero Castro no era un hombre enclaustrado en su disciplina, indolente al efecto que pudiera provenir de alguna página bonita. También él reconoció que, en cuanto a la querrela de la lengua, había dos registros de intervención distintos y que él había elegido el registro ensayístico: “Si yo hubiese escrito un estudio ‘técnico’ –no creo que me fuera imposible– con signos fonéticos, mapas y estadísticas, nadie se habría excitado, los doctos hubieran asentido y la opinión media lo habría ignorado” (Castro, 1942: 6). No quiso ser ignorado, pero subestimó las reglas del *ensayo*, acaso más rigurosas y delicadas que las del *estudio técnico*. Descuidó el modo en que debía escribir su “librito sobre el lenguaje de Buenos Aires” y se abandonó a una indolencia de estilo que Borges le hizo pagar muy caro; no tanto con razones mejores, sino con oraciones mejor tramadas. La polémica continuó en el orden de la vida privada, que se fue conociendo con los años, a medida que salieron a la luz textos más personales. En una carta de 1945, Pedro Henríquez Ureña, compañero de Alonso en el Instituto de Filología, dijo que

Borges tiene aberraciones terribles: detesta a Francia y a España; todo lo inglés le parece bien; mucho de lo yanqui; no le gusta Grecia. Si no las conociera, se podría comprender, pero lo grave es que las conoce. De Inglaterra, solo detesta lo que se parece a lo latino (Henríquez Ureña, 1945: 29).

La carta recién se conoció en 1965, cuando su destinatario, José Rodríguez Feo, decidió hacerla pública. En Buenos Aires, Bioy Casares la comentó de esta manera: “Parece que ese *venerado maestro*, don Pedro (Henríquez Ureña), razonó a lo largo de una carta a Rodríguez Feo, un minucioso e implacable ataque a Borges. No me extraña que fuera ladino. Tenía una sonrisita compradora” (Bioy Casares, 2006: 1293 [Martes, 21 de octubre de 1969]).

3.

En 1950, Borges fue designado como presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, cargo que abandonó en 1953, y dos años más tarde, en simultáneo al inicio del gobierno de la Revolución Libertadora, la Academia Argentina de Letras lo nombró como uno de sus miembros. Desde entonces, la crítica borgeana se deslizó hacia esas instituciones a las que concurría y, a la vez, quería detestar. En mayo de 1956, Bioy Casares tomó esta nota: "Me dice [Borges] que no está feliz en la Academia de Letras: le gustaría escribir contra ellos" (Bioy Casares, 2006: 166 [Martes, 29 de mayo de 1956]). En julio de ese mismo año, tomó esta otra: "Borges: No me gusta nada la Academia. Con esa gente no se puede hacer nada. ¿Por qué la Academia depende de la española, que ya está bastante desacreditada? Habría que independizar la Academia Argentina de la Española" (Bioy Casares, 2006: 183 [Martes, 31 de julio de 1956]). El desplazamiento de su foco de atención fue, a la vez, la focalización en el tema que parecía congregarlo todo: el diccionario. La mayor desavenencia con la Academia fue su imposibilidad de gestar un diccionario integral de la Argentina, no uno de argentinismos, sino uno del español tal como se habla en Argentina, carencia que atribuye a la dependencia que la Academia de Letras tiene con respecto a la Real Academia Española: "Borges: 'No. Soy un recién llegado. Me ven como alguien de afuera. No siento ninguna simpatía por esa gente. Si fuera presidente, concluiría con la dependencia respecto de la Academia Española'" (Bioy Casares, 2006: 434 [Miércoles, 7 de mayo de 1958]). Toda vez que pudo, Borges expresó el malestar que le producía el *Diccionario* de la RAE y alguna vez recordó aquel epigrama que Groussac le había compuesto a la lexicografía española, consagrada a "la práctica de este asombroso diccionario de la Academia, del que cada nueva edición nos hace añorar la anterior" (Bioy Casares, 2006: 1048 [Martes 22 de diciembre de 1964])³.

En 1963, Borges y José Edmundo Clemente volvieron a publicar sus escritos sobre la lengua, ahora bajo el título *El lenguaje de Buenos Aires* (Emecé). En el brevísimo prólogo que ambos le acomodan a la antología, afirman que el lector atento podrá notar algunas divergencias en los trabajos, pero que no hacen más que unir y complementarlos mejor. "De todas maneras quedará nítida nuestra actitud ante el coloniaje idiomático de las academias y, en especial, ante el aburrimiento escolar de los lingüistas profesionales. El lenguaje es acción, vida; tiempo presente" (Borges y Clemente, 1963: 1). Es curioso el modo en que la actitud querellante se traslada a los prólogos, como pinceladas o cosas dichas al pasar, incluso como nota al pie, como la que encontramos en el prólogo a *Elogio de la sombra* (1969):

³ "la pratique de cet étonnant dictionnaire de l'Académie, dont chaque édition nouvelle fait regretter la précédente" (Groussac 1903, 2).

Deliberadamente escribo *psalmos*. Los individuos de la Real Academia Española quieren imponer a este continente sus incapacidades fonéticas; nos aconsejan el empleo de formas rústicas: *neuma, sicología, síquico*. Últimamente se les ha ocurrido escribir *vikingo* por *viking*. Sospecho que muy pronto oiremos hablar de la obra de *Kiplingo* (Borges, 1969: 354).

En todos estos trabajos posteriores al peronismo, en el que se enmarcó el encuentro con Castro en la Universidad de Princeton, y en el que se constata un distanciamiento del criollismo que había predicado en su juventud, Borges revisó su cosmovisión de la lengua. En su autobiografía, por ejemplo, llamó *tomfooleries* [tonterías] de la juventud haber escrito su nombre “Jorje”, o usar la *i* en vez de la *y*, así como omitir la *d* final en palabras como *autoridá* y *ciudadá*, intentando la grafía fonética, a la manera de la imprenta chilena del siglo XIX y tal como lo había recomendado Sarmiento (Borges, 1970: 232). Borges se reconcilia con la lengua española, pero acaso porque la lengua ya se había vuelto borgeana. Persiste en su recelo a España y a la literatura española, pero celebra el idioma.

Borges: “La literatura española es una pequeña literatura lateral. A nosotros nos ha dado lo mejor: el idioma. Ahora, no hay motivo para que los estudiantes argentinos pierdan tiempo en ella. La literatura española, mejorada por los traductores, ha engañado al mundo. Cuando el idioma español sea la lengua universal, se descubrirá el engaño” (Bioy Casares, 2006: 1348-1349 [Martes, 19 de enero de 1971]).

Años más tarde aparecieron sus *Obras completas*, dedicadas “A Leonor Acevedo de Borges”, su madre, a quien le agradece muchas cosas, enumeración que cierra con un “Madre, vos misma”. Después habló sobre ese *vos* escrito ahí, en la primera página de sus *Obras*—sabiendo que había sido el emblema de la querella de la lengua— y lo defendió en nombre de la naturalidad. “Porque si yo hubiera dicho *tú*, sería un poco afectado, en Buenos Aires, ¿no?” (Borges y Carrizo, 1979: 153). En esta confesión, que fue recurrente en él, se cifra la posición de Borges ante la lengua. Su posición invariable. Aristóteles señaló que Eurípides fue el primero en encubrir el artificio de su prosa tras el uso de voces coloquiales, logrando así un estilo natural (*Retórica*, 1404b: 25). Siglos más tarde, en Inglaterra, por esa misma senda argumental, William Hazlitt (1822) demostró que el *estilo familiar* requiere de la más alta complejidad del arte, pues es común dejar a la vista los andamios que evidencian el esfuerzo por ser natural, diluyendo la potencia de su efecto. No cabe duda de que Borges procuró ser parte de esta tradición, y de que había tomado muy en cuenta aquel consejo de Henríquez Ureña, de

que aprendiera a “quitar sus andamios” en el arduo trabajo de su estilo. El modo en que fueron quitados lo podemos sentir en esa misma edición de sus *Obras*.

Bibliografía

- ALONSO, AMADO. “El problema argentino de la lengua”. *Sur*, año II, núm. 6, otoño, 1932, pp. 124-178.
- . “Borges, narrador”. *Sur*, año V, núm. 14, 1935, pp. 105-115.
- . “A quienes leyeron a Jorge Luis Borges en *Sur*, número 86”. *Sur*, año XII, núm. 89, febrero, 1942, pp. 79-81.
- BELLO, ANDRÉS. “Prólogo” a la *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos*, en *Obras completas*, Tomo IV: *Gramática*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1847 [1951].
- BIOY CASARES, ADOLFO. *Borges*. Ed. Daniel Marino. Buenos Aires: Ediciones Destino, 2006.
- BORGES, JORGE LUIS. “Vicente Rosi: *Cosas de negros*”. *Valoraciones*, tomo IV, núm. 10, agosto, 1926. Citado a partir de *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997, pp. 254-255.
- . “Sobre el meridiano de una gaceta”. *Martín Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, año IV, núm. 42, 10 de junio – 10 de julio, p. 7, 1927A.
- . “¿Llegaremos a tener un idioma propio?”. *Crítica*. Encuesta. 19 de junio, 1927C, p. 3.
- . “El idioma de los argentinos”. *La Prensa*, 24 de septiembre 1927 D. Citado a partir de *El idioma de los argentinos*. Ilustraciones de Xul Solar. Buenos Aires: Seix Barral-Biblioteca Breve, 1994, pp. 135-150.
- . “Sobre pronunciación argentina”. *Nosotros. Revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales*, Año XXII, vol. LX, núm. 227, abril, 1928^a, p. 152.
- . “*Idioma Nacional Rioplatense*, por Vicente Rossi (Folletos lenguaraces, 6)”. *Síntesis*, Año 2, núm. 18, noviembre, 1928B, p. 361.
- . “Vicente Rossi. Desagravio al lenguaje de Martín Fierro”. *Crítica, Revista Multicolor de los sábados*, año 1, núm. 11, 21 de octubre, 1933. Citado a partir de *Borges en Revista Multicolor. Obras, reseñas y traducciones inéditas*. Investigación y recopilación de Irma Zangara. Buenos Aires: Atlantida, 1995, pp. 218-219.
- . “Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*”. *Sur*, año X, N° 86, noviembre, 1941, pp. 66-70.
- . *Elogio de la sombra*. En *Obras completas II*. Barcelona, Emecé, 1969, [1999].

- . “An Autobiographical Essay”. *The Aleph and Other Stories 1933-1969*. Ed. y trad. Norman Thomas di Giovanni en colaboración con el autor. New York, E. P. Dutton & Company, 1970, pp. 201-260.
- . *Borges on Writing*. Ed. Norman Thomas di Giovanni, Daniel Halpern y Frank MacShane. New York: E. P. Dutton & Company, 1971 [1973].
- BORGES, JORGE LUIS Y MASTRONARDI, CARLOS (ORTELLI Y GASSET). “Un meridiano encontrao en una fiambarrera”. *Martín Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, año IV, núm. 42, 10 de junio – 10 de julio, 1927B, p. 7.
- BORGES, JORGE LUIS Y CLEMENTE, JOSÉ EDMUNDO. *El lenguaje de Buenos Aires*. Buenos Aires, Emecé, 1963.
- BORGES, JORGE LUIS Y SORRENTINO, FERNANDO. *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*. Buenos Aires: Casa Pardo, 1973.
- BORGES, JORGE LUIS Y CARRIZO, ANTONIO. *Borges el memorioso*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1979 [1982].
- CASTRO, AMÉRICO. “Discurso de asunción de Américo Castro, 1923”. *Boletín del Instituto de Filología*. Buenos Aires: Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1926.
- . “Alonso, Amado: *El problema de la lengua en América*. Madrid, Espasa-Calpe, 1935”. *Tierra Firme*, núm. 2. Centro de Estudios Históricos. Sección Hispanoamericana, 1935, pp. 204-207.
- . *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Buenos Aires: Losada, 1941.
- . “Unas palabras complementarias”. *Nosotros*. Segunda época. Año VII, núm. 70, enero, 1942, pp. 3-10.
- COSTA ÁLVAREZ, ARTURO. *Nuestra lengua*. Buenos Aires: Sociedad Editorial Argentina, 1922.
- DE TORRE, GUILLERMO. “Madrid, meridiano intelectual de Hispano-América”. *La Gaceta Literaria, ibérica, americana, internacional. Letras, artes, ciencia*, año I, núm. 8. 15 de abril, 1927, p. 1.
- GROUSSAC, PAUL. *Une énigme littéraire*. Paris: Alphonse Picard et fils, 1903.
- GUTIÉRREZ, JUAN MARÍA. *Cartas de un porteño. Polémicas en torno al idioma y a la Real Academia Española*. Estudio preliminar de Jorge Myers. Buenos Aires: Taurus, 1876 [2003].
- HAZLITT, WILLIAM. “On Familiar Style”. *Table Talk or Original Essays*. Vol. II. Londres: Henry Colburn and Company, 1822.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO (1926) “Sobre *Inquisiciones*, de Jorge Luis Borges”. *Revista de Filología Española*. Director: Ramón Menéndez Pidal. Tomo XIII, 1926, pp. 79-80.
- . “Carta a José Rodríguez Feo”, 19 de mayo de 1945, en *El escarabajo de oro*. Año VIII, núm. 33, marzo de 1967, p. 29.
- PRIETO, ADOLFO. *Borges y la nueva generación*. Buenos Aires: Letras Universitarias, 1954.

- PROUST, MARCEL. *Contre Sainte-Beuve. Précédé de Pastiches et mélanges et suivi de Essais et articles*. Ed. Pierre Clarac e Yves Sandre. Paris: Gallimard, 1954 [1971].
- REST, JAIME. “La búsqueda de un idioma nacional”. *Ensayos sobre cultura y literatura nacional*. Selección y estudio preliminar de Maximiliano Crespi. Bahía Blanca: 17 grises, 2010.
- ROSSI, VICENTE. *Teatro nacional rioplatense. Contribución á su análisis y á su historia*. Río de la Plata: Imprenta Argentina de Beltrán y Rossi, 1910.
- ROSSI, VICENTE. “Idioma nacional de arjentinos y uruguayos”. *Cosas de Negros. Los orígenes del tango y otros aportes al folklore rioplatense. Rectificaciones históricas*. Río de la Plata: Imprenta Argentina, 1926, pp. 399-409.
- ROSSI, VICENTE. *Idioma Nacional Rioplatense (arjentino-uruguayo). Primera evidencia*. Folletos Lenguaraces, v. 6. Río de la Plata: Imprenta Argentina, 1928.